

Pascua, anticipo de salvación

La Iglesia, desde los primeros momentos de su existencia, tuvo siempre en puesto preeminente el acontecimiento histórico de la Resurrección de Cristo y quiso hacer permanente su recuerdo en la celebración litúrgica del «día del Señor». Celebraban en él los cristianos, con Cristo resucitado, la nueva vida con que habían sido regalados. El Domingo se convirtió así en una repetición continuada de la Pascua. No obstante, anualmente, las solemnidades pascuales trataban de reproducir el clima salvífico del acontecimiento central del Cristianismo. Por eso, los cristianos se reunían en la expectación de «este día» y, entre plegarias y cantos, creaban el ambiente necesario para recibir de nuevo al Señor. Los misterios de la luz y del bautismo culminaban en la celebración eucarística, en la que el cristiano profesaba consumir su unión con Cristo.

Pronto la orientación de esta espera se encauzó hacia la «Parusía» o segunda venida del Señor, en la que tendrá cumplimiento escatológico y definitivo la Salvación. Era vivida a la vez como una realidad presente y actual, en la fuerza del misterio. El Reino de Dios se convertía simultáneamente en presente y en futuro. La Parusía representa la revelación final de aquella realidad histórica que ya existe. En su consumación definitiva, señala el punto en que la Historia se convertirá en Reino de Dios eterno. El contenido escatológico de la Parusía fue intensificándose con el desarrollo de las festividades pascuales. En ellas, junto con el misterio presente, el cristiano actuaba su gran esperanza. La celebración litúrgica terrestre se colocaba en continuidad con la celebración de la Muerte y de la Resurrección de Cristo, en presencia del Cordero en la Cena Pascual, en la Pascua definitiva.

Queremos destacar este aspecto escatológico de la Pascua desde algunos textos de la predicación pascual, que nos revelan el sentir y la fe de la Iglesia acerca de las implicaciones soteriológicas y escatológicas del Misterio de la Muerte y de la Resurrección del Señor.

Pascua, banquete del Cordero.

El Pseudo Crisóstomo y Leoncio de Constantinopla consideran la celebración pascual como «dispensadora del Cordero espiritual»¹. Cuatro planos es posible considerar en la realidad del Cordero que la Pascua suministra a los fieles. El típico, refiriéndose al cordero de la Pascua de Israel, antes de emprender el Exodo. El real, referido a la muerte y resurrección de Cristo. El sacramental, significando el Cordero eucarístico. El escatológico, manifestativo del Cordero celestial. Creemos que en el contexto de las festividades pascuales, los cuatro aparecen destacados en este texto, con especial proyección al escatológico, hacia el que se orienta especialmente nuestro trabajo.

Pascua, primicia de salvación.

En la línea de espera y anticipo de la celebración pascual, también el «kérygma» de la Pascua resaltaba para los fieles, sobre todo para los nuevos bautizados, que la Pascua era «primicia y anticipo». La consideración de la salvación pascual como «primicia» ya la tiene en cuenta Pablo, cuando escribe a los de Corinto: «por su Resurrección se convirtió en primicia de los durmientes»². El texto de Pablo lo recoge la Homilía de Juan de Berito³. En otros lugares de Pablo, Cristo aparece como el don de primicia que Dios ofrece a los hombres⁴.

El término «aparché», que designa esta esplendorosa realidad aparece en toda su riqueza de contenido en el siguiente texto de Hesiquio de Jerusalén: «permanezcamos

1 *Hom. Pasch.* V, 2, 6; VI, 2, 5 (ed. M. Aubineau, *Homélies Pascales*, Sources Chrétiennes, n. 187, Paris, 1972). Limitamos nuestro trabajo a las siete Homilias publicadas por Aubineau.

2 *1 Cor.* 15, 20.

3 *Hom. Pasch.* IV, 25.

4 *Cf. Rom.* 8, 23; *2 Cor.* 5, 5.

junto a la Cruz salvadora, a fin de que recibamos las primicias de los dones de Jesús»⁵. Las primicias son a la vez los dones de la cruz de la salvación y la realidad escatológica que nos aguarda, según nos revela en otro texto el mismo Hesiquio: «ahora seré exaltado, al exaltar vuestra primicia hasta los cielos y al encumbrar hasta la cátedra de los querubines la forma de esclavo que de vosotros he recibido»⁶. Se trata de la exaltación de nuestra primicia, de nuestra humanidad hasta los cielos, expresión que en las Homilias pascuales, entraña un significado soteriológico y escatológico.

Pascua, arras de salvación.

El término más significativo, en esta proyección, nos lo ofrece Basilio de Seleucia, cuando habla de la salvación que se opera en el cristiano por el Espíritu como de una prenda o anticipo —«arrhabón»— de la salvación definitiva, refiriéndose al texto de Pablo a los de Efeso, en que habla a los cristianos, provenientes del paganismo, de la etapa en que «no tenían la esperanza de la promesa»⁷. A ellos, «a los que no tenían esperanza los agració y gratificó con el Espíritu, anticipo de salvación»⁸. El contexto de Pablo es bautismal, como lo prueban los términos «sellado» y «ungido».

El cristiano, al recibir el bautismo, recibe la donación del Espíritu y la gracia y ello constituye la prenda de su futuro escatológico. Dios es el garante del valor de las arras. En realidad, las arras son el Espíritu mismo, como interpreta Basilio. La palabra «arrhabón», que aquí emplea es un préstamo del hebreo «herabón»⁹, que la Vulgata traduce por «arrha» o «arrhabo». Significa la señal, el anticipo o arras, que garantizan el pago de una deuda o el adelanto que se da en prueba de firmeza de un contrato. Comporta siempre repercusiones secundarias, de índole jurídica. Así, para el cristiano, el Espíritu recibido en la bau-

5 *Hom. Pasch.* I, 1, 9.

6 *Hom. Pasch.* II, 4, 16.

7 *Eph.* 2, 12.

8 *Hom. Pasch.* III, 1, 12. Cf. *2 Cor.* 1, 22; 5, 5.

9 *Gen.* 38, 17.

tismo es la garantía de la plena posesión escatológica de su salvación y tal es el sentido con que nos lo ofrece la predicación pascual, a través del texto aludido de Basilio de Seleucia.

Pascua y Reino de Dios.

Las repercusiones escatológicas del Misterio de la Muerte y Resurrección de Cristo, consumado en la celebración pascual y en el rito del bautismo que la acompaña, nos las destaca claramente Hesiquio de Jerusalén, cuando dice: «acuérdate de mí, Señor, en tu Reino; con una sola confesión de fe, ya habita en el Paraíso y se pasea por los cielos, puesto que le dice 'hoy estarás conmigo en el Paraíso'»¹⁰. El buen ladrón obtuvo su salvación, mediante su confesión de fe. El cristiano la obtiene también por la manifestación y proclamación de su fe en Cristo, en el rito bautismal. Para el ladrón las consecuencias salvíficas fueron inminentes —«hoy»—; para el cristiano son también inmediatas en el «hoy», actual y escatológico, de la Pascua. En este texto de Hesiquio aparecen tres conceptos que son característicos para designar el reino de Dios eterno: «reino», «paraíso» y «cielos», lo que refuerza aún la perspectiva salvífica y escatológica del misterio pascual.

Pascua y Reino de los Cielos.

En la Biblia, son intercambiables las realidades «Reino de Dios» y «Reino de los Cielos». Tales fórmulas representan una sola realidad, eminentemente soteriológica, y constituyen el centro de la predicación de Jesús y de los Apóstoles. Para la predicación apostólica, ese reino es una realidad próxima¹¹. Representa un acontecimiento sobrenatural y maravilloso que se engarzará con la Historia humana, cuya llegada hay que anticipar con un cambio de mente y de corazón: «cambiad de modo de pensar, porque el Reino de los Cielos está cerca»¹². Esta realidad adquiere a la vez una

10 *Hom. Pasch.* I, 4, 11. Cf. *Lc.* 23, 43.

11 *Mc.* 1, 15; *Lc.* 21, 31; *Mc.* 11, 10; *Lc.* 19, 11.

12 *Mt.* 4, 17.

dimensión escatológica, puesto que su compleción no tendrá lugar hasta el final de los tiempos.

En el texto citado anteriormente, nos presenta Hesiquio el *reino* como una realidad equivalente a *paraíso* y a *cielos*. En su salvación, el buen ladrón «habita ya en el paraíso, se pasea por los cielos, consigue el reino»¹³. En la Muerte de Cristo recibe el ladrón el fruto del acontecimiento histórico, su salvación definitiva. Hesiquio exhorta a los cristianos a orar como el buen ladrón, para conseguir el reino eterno, como un fruto de la Cruz: «permanezcamos también nosotros junto a la Cruz del Salvador, diciendo las mismas palabras 'Señor, acuérdate de mí en tu reino', para que también seamos nosotros participantes del paraíso y goce-mos del reino de los cielos»¹⁴.

También Leoncio de Constantinopla pone el bautismo en conexión con los cielos, con el Reino de Cristo. Partiendo del texto de Pablo «cuantos habéis sido bautizados en Cristo, habéis vestido a Cristo»¹⁵, exhorta a los bautizados a que «mantengan de su posesión, en blancura y sin mancha, lo que les acontece en la Resurrección, no sólo en la tierra, sino también en los cielos»¹⁶. Cristo, vestidura del bautizado, constituye, por su Resurrección, una realidad durable en el alma, que se proyecta escatológicamente hasta el reino eterno.

Para Hesiquio de Jerusalén, es la Cruz quien constituye esa realidad que proyecta al hombre hasta los cielos: «oh madero tres veces bienaventurado, que lanza nuestra alma hasta el cielo»¹⁷. En otro lugar el mismo Hesiquio nos presenta a Cristo mismo «exaltando nuestra primicia hasta los cielos»¹⁸. Por eso, el correr del cristiano ya no es hacia las cosas de la tierra, «sino que corremos hacia los cielos», según nos afirma el Pseudo Crisóstomo y, dependiendo de él, Leoncio Constantinopolitano¹⁹, presentándonos este correr como un fruto de la Resurrección. Esta afirmación

13 *Hom. Pasch.* I, 4, 11-2.

14 *Hom. Pasch.* I, 4, 13-7.

15 *Gal.* 3, 27.

16 *Hom. Pasch.* VII, 3, 18.

17 *Hom. Pasch.* I, 4, 3.

18 *Hom. Pasch.* II, 4, 16.

19 *Hom. Pasch.* V, 1, 9; VI, 1, 14.

queda corroborada con un texto de Hesiquio: «puesto que nos abre la Cruz las puertas del cielo»²⁰.

Pascua y Seno de Abraham.

La denominación «seno de Abraham» para designar el estado escatológico es corriente en la literatura patristica, siguiendo la pauta de la Sagrada Escritura²¹. Dentro del contexto de la parábola del rico epulón, refleja la expresión el banquete de los bienaventurados en el que el mendigo Lázaro tiene puesto preeminente. La fórmula «en el seno de Abraham» aparece en el Pseudo Crisóstomo como correlativa del paraíso. Leoncio de Constantinopla, al enumerar los signos manifestativos de la Resurrección del Señor, coincidiendo con el Pseudo Crisóstomo, menciona «el que ya no nos hallamos fuera del paraíso, sino que habitamos en el seno de Abraham»²². Los presentes verbales «nos hallamos» y «habitamos» nos parecen sumamente expresivos en cuanto al aspecto actual y escatológico de la Pascua. Esta hace presentes unas realidades que ya se han adquirido en posesión²³, pero que se disfrutarán definitivamente en el cielo. También en este texto aparecen como equivalentes los conceptos «cielos», «paraíso» y «seno de Abraham».

Pascua y Paraíso.

El concepto «paradeisos» aparece también en la predicción pascual como denominativo del estadio escatológico que nos aguarda. El estado de condenación, en oposición a la «sotería» de Cristo, se nos ofrece en el Pseudo Crisóstomo y en Leoncio de Constantinopla como «el hallarse fuera del paraíso»²⁴. La salvación por medio de la Resurrección aparece, en cambio, en Hesiquio de Jerusalén, cifrada bajo estas palabras: «por medio del resucitado se ha abierto el Paraíso»²⁵. Este Paraíso se inaugura ya en la tierra por medio del bautismo: «el desierto se vuelve paraíso ... que

20 *Hom. Pasch.* I, 2, 4.

21 *Lc.* 16, 22-3.

22 *Hom. Pasch.* V, 1, 11; VI, 1, 16.

23 *Hom. Pasch.* VII, 3, 18.

24 *Hom. Pasch.* V, 1, 10; VI, 1, 14.

25 *Hom. Pasch.* I, 6, 4.

hace florecer como lirios a los nuevos iluminados»²⁶. Por consiguiente, con esta expresión encontramos definidas las etapas histórica y escatológica de la salvación.

Sin emplear un término directo, sino partiendo más bien de un lenguaje metafórico, Leoncio de Constantinopla nos habla de la oposición que existe entre el diablo y los salvados, por causa del bautismo en Cristo resucitado: «mientras que éstos están con los ángeles, aquél está con los cerdos²⁷; al lugar de donde éste cayó, fueron lanzados estos y allí se enraizaron»²⁸. La expresión de que los bautizados están con los ángeles nos orienta hacia un sentido escatológico. Las raíces del bautizado están «plantadas en el cielo», ya desde el momento en que echa sus raíces en la Iglesia por el bautismo.

Pascua y Arca de Noé.

Dentro del marco escatológico, hacia el que hemos orientado nuestra consideración salvífica de la Pascua, queremos destacar otra expresión de contenido soteriológico, tanto a plano actual como definitivo: se trata de la fórmula «entrar en el Arca de Noé». Para este concepto señala Lampe²⁹ que se emplea como tipo de la Iglesia, tipo de María y tipo de la humanidad de Cristo. Creemos que se puede ofrecer un nuevo sentido: tipo del cielo, tipo de la salvación escatológica.

Encontramos tal significado en Leoncio de Constantinopla: «ya no salva sólomente el arca a Noé, sino que el Hijo de la Virgen salva a todo el mundo»³⁰. El arca, por tanto, es prototipo de Cristo y de la salvación de los hombres. Ahora bien, esa salvación, que se realizó en el acontecer histórico de la Muerte y Resurrección de Cristo, tendrá su compleción en el final escatológico³¹. Por tanto, la expresión «arca de Noé» nos parece equivalente de «seno de Abraham, «paraíso», «cielos» y «reino de Dios», para designar la definitiva salvación de la humanidad.

26 *Hom. Pasch.* VI, 7, 13-4.

27 Alusión a *Mt.* 8, 31; *Mc.* 5, 13; *Lc.* 8, 33.

28 *Hom. Pasch.* VI, 6, 13-15.

29 G. W. H. Lampe, *A Patristik Greek Lexicon* (Oxford 1961), s. v. *Kibôtos*.

30 *Hom. Pasch.* VII, 4, 11-2.

31 Cf. H. Rahner, «Die Arche Noe als Schiff Heils», *ZKTh* 86 (1964) 137-79.

El mismo Leoncio nos ofrece otro texto en que «kibotós» es tipo de la salvación en Cristo: «entraste en el arca, no te asemejes al cuervo»³². Según Aubineau³³, el cuervo personifica al mal, al diablo. La repercusión primera de la entrada en el arca, en la Iglesia, es mantenerse alejado del diablo. Pero el cumplimiento total de esa entrada, de la salvación, se obtendrá sólo en la Parusía y hacia ella apunta, en último término, la expresión «entrar en el arca de Nóe».

Pascua y Jerusalén de arriba.

Réstanos decir algo acerca de las expresiones «conciudadanos de los santos» y «politarcas de la Jerusalén de arriba». La primera de las dos formas arranca de Pablo, cuando escribe a los de Efeso: «estabais entonces expatriados de la ciudadanía de Israel...; ahora ya no sois extraños ni advenedizos, sino conciudadanos de los santos y servidores de Dios»³⁴.

Pablo habla a los cristianos de Efeso que han pasado de la gentilidad a la comunidad de los santos. Evidentemente se trata de la situación actual en que los ha colocado el bautismo y la gracia de Dios. Los santos representan en Pablo una expresión muy familiar para designar a los seguidores de Cristo, «los que están cerca en virtud de la sangre de Cristo»³⁵; los que forman la Iglesia, «edificados sobre el cimiento de los apóstoles y profetas, con Cristo como piedra angular»³⁶, «en quien todo el edificio crece hasta ser templo santo en el Señor, en quien vosotros también habéis sido coedificados como morada de Dios en el Espíritu»³⁷. Este nuevo templo hacia el que crece la Iglesia y la alusión al Espíritu nos parece que trasladan toda la narración hacia el plano escatológico.

Basilio de Seleucia, siguiendo estas mismas pautas, cita este texto, poniendo en conexión la Resurrección de Cristo, la ciudadanía de los santos y los misterios celestiales

32 *Hom. Pasch.* VI, 8, 7-8. Cf. *Gen.* 8, 7.

33 M. Aubineau, *o.c.*, p. 402, nota 8.

34 Cf. *Eph.* 2, 12.19.

35 *Eph.* 2, 13.

36 *Eph.* 2, 20.

37 *Eph.* 2, 22.

de que Cristo nos ha hecho depositarios. Basilio se expresa así: «Cristo nos manifestó que el sepulcro de tres días es puerta de resurrección. Proclamó que los expatriados de la ciudadanía de Israel son conciudadanos y familiares de los santos; a los extraños a la promesa, los hizo depositarios de los misterios celestiales»³⁸. La expresión «conciudadanos de los santos» se abre a perspectivas más amplias que las del texto bíblico. Los «santos», en tiempos de Basilio, son ya bienaventurados en la gloria del cielo. Los misterios celestes de que somos depositarios son los misterios de la Resurrección y de la Pascua, que tiene su compleción en el reino definitivo. Por ello, creemos que la expresión «conciudadanos de los santos» refleja un alcance escatológico y expresa a la perfección la proyección salvífica definitiva de la Pascua del Señor.

La otra expresión, «los politarcas de la Jerusalén de arriba», trae consigo resonancias de la carta de Pablo a los de Galacia³⁹. La «Jerusalén de arriba» es la ley de libertad del Nuevo Testamento, en oposición al Sinaí que representa la ley antigua. Ya una interpretación espiritualista de la parábola del Buen Samaritano, citada por Orígenes como admisible, vio en Jerusalén un símbolo del Paraíso —«Hierusalem, paradisum»—⁴⁰. Otras veces se empleó como prototipo de la Iglesia o del cielo.

En las *Homilias Pascuales* encontramos el siguiente texto: «sabéis todos vosotros, los auténticos hijos de la Resurrección, las luminarias espirituales del mundo, los que poseéis la palabra de vida, los politarcas de la Jerusalén de arriba...»⁴¹. En él aparecen en estrecho paralelo la Resurrección, la luz, la vida y los politarcas de la nueva Jerusalén. Respecto a las tres primeras expresiones tienen un marcado contenido salvífico, tanto a escala actual como escatológica.

La fórmula «los politarcas de la Jerusalén de arriba» parece ponernos ante una doble posibilidad: que los politarcas de la nueva Jerusalén sean ciudadanos o miembros de la Iglesia o que sean los ciudadanos de la Jerusalén del cielo, la Jerusalén espiritual, la que Juan «vió descender

38 *Hom. Pasch.* III, 1, 10.

39 *Gal.* 4, 27.

40 Orígenes, *Hom. 34 in Lc.* 3 (Sources Chrétiennes, n. 87, p. 402).

41 *Hom. Pasch.* VI, 4, 8.

del cielo, renovada y ataviada como una novia para su esposo»⁴². Nos parece, en este sentido, que Basilio refleja una alusión clara a la manifestación de Pablo: «nuestra ciudadanía está en los cielos»⁴³. Según eso, el sentido escatológico de nuestra expresión quedaría muy reforzado y corroboraría la orientación escatológica de nuestra exposición.

Conclusión.

La gran esperanza del cristiano en la Pascua culmina en la consecución de su destino, que la Pascua le proporciona en anticipo: ser ciudadanos de la Jerusalén espiritual. La celebración celeste de la Pascua del Cordero será para los discípulos de Cristo la culminación de la salvación que incoan los misterios de su Muerte y Resurrección, la celebración del banquete eterno del Señor en la Pascua; esa Pascua que es misterio de Luz, de Alegría, de Vida⁴⁴; esa Pascua que es, en la celebración bautismal, muerte y resurrección, liberación y redención, nuevo nacimiento y regeneración, filiación divina y revestimiento de Cristo, matrimonio y fruto, amistad y habitación de Dios en el hombre⁴⁵; esa Pascua que es fiesta de salvación, con proyección de eternidad; esa Pascua por la que el cristiano está ya con los ángeles, se halla enraizado en el cielo, es libre, es amigo y está en gloria; esa Pascua será definitivamente rescate por el poder de Cristo⁴⁶; esa Pascua es Salvación.

AGUSTIN HEVIA BALLINA

42 *Apoc.* 21, 2.

43 *Phil.* 3, 20.

44 De las connotaciones salvíficas de los términos «Luz» y «Vida» en conexión con la Pascua nos hemos ocupado en nuestro trabajo «Salvación y Pascua», *Genethliakon Isidorianum* (Salamanca 1975, 267-88. De la «Alegría» como manifestativa del alcance salvífico de la Pascua hemos tratado en «El concepto de alegría como connotativo de salvación en la predicación pascual», comunicación presentada al VII Congreso Internacional de Estudio Patristicos de Oxford. Cf. J. Oroz Reta, «El VII Congreso Internacional de Estudios Patristicos de Oxford», *Studium Ovetense* 3 (1975) 331-34. Asimismo. en «Alegría Pascual y Salvación», *Helmantica* 27 (1978) 315-27.

45 Acerca de las implicaciones soteriológicas del Bautismo en los contextos pascuales nos hemos ocupado en nuestro «Pascua, Fiesta Bautismal y Fiesta de Salvación», aparecerán en *Helmantica* 29 (1978). También en «Connotaciones salvíficas del Misterio de la Pascua en Melitón de Sardes», en *Mélanges Léopold Sédar Senghor, Dakar* 1977.

46 Cf. *Hom Pasch.* VI, 6, 13-23.